



Capítulo 3



LAS HISTORIAS QUE NOS UNEN

21 RELATOS PARA LA INTEGRACIÓN
ENTRE PERÚ Y CHILE

DANIEL PARODI REVOREDO
SERGIO GONZÁLEZ MIRANDA
(COMPILADORES)

Las historias que nos unen
21 relatos para la integración entre Perú y Chile
Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda (compiladores)

© Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda, 2014

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: marzo de 2014
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-04554
ISBN: 978-612-4146-69-5
Registro del Proyecto Editorial: 31501361400262

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

**UNA CONVIVENCIA REANUDADA:
EXILIOS E INTERCAMBIOS CULTURALES Y POLÍTICOS
ENTRE CHILE Y PERÚ (1920-1940)**

Fabio Moraga Valle

I. GUERRA Y CULTURA EN EL SUR DEL MUNDO

Chile peleó su última guerra internacional hace 120 años. Pese a ello, ha mantenido una fama de país «belicoso» hacia sus vecinos desde el mismo día en que se terminaron las acciones armadas, tanto en los territorios de Perú como de Bolivia. Desde esa lejana fecha del siglo XIX, Chile nunca más empuñó un arma contra países vecinos. La fama de «país guerrero» y «usurpador» se debe, más bien, a que el término formal de las hostilidades —en 1904, con Bolivia y en 1929, cuando se firmó el Tratado de Lima— tardó mucho tiempo en definir la frontera definitiva y durante 46 años mantuvo ocupado territorio peruano sin que se resolviera diplomáticamente los límites definitivos entre ambos países.

Desde el siglo XVIII y hasta 1879 las relaciones comerciales, políticas y culturales entre las sociedades de ambos países eran continuas y fluidas, tanto en intercambios comerciales como en los viajes y las comunicaciones que emprendieron políticos y ciudadanos comunes y corrientes. A lo largo del siglo XIX, periódicamente, las convulsiones internas de cada país expulsaban hacia el vecino a intelectuales y dirigentes políticos, quienes gozaban —durante un tiempo, que casi siempre fue breve— de la hospitalidad y apoyo de las redes políticas que se tendían a uno y otro lado. El chileno más famoso, que inauguró esta larga tradición de exilios, fue Bernardo O'Higgins, primer gobernador de Chile independiente, quien desde 1825 vivió en Perú y murió sin regresar a su patria¹. Entrado el siglo, en especial los liberales chilenos fueron

¹ Bernardo era hijo ilegítimo de Ambrosio O'Higgins, ciudadano irlandés al servicio de la corona española que hizo una exitosa carrera administrativa dentro del Estado borbónico, primero como intendente de Concepción —la frontera mapuche— (1786-1788), luego como gobernador de Chile (1788-1796)

acogidos por políticos de la misma tendencia en el Perú; de esta manera personajes como el historiador y militante liberal Benjamín Vicuña Mackenna o el literato y ensayista José Victorino Lastarria, pasaron algún tiempo en la capital peruana. Pocos años después, cuando esa tendencia conquistó el Estado, Lastarria volvió como diplomático a la ciudad del Rímac. La figura más romántica del liberalismo y el socialismo utópico chileno, el intelectual e ideólogo Francisco Bilbao, vivió dos exilios en el Perú. La segunda vez organizó en Lima la Sociedad Republicana, al parecer copia de la Sociedad de la Igualdad, que había reunido también a Lastarria y Vicuña Mackenna y que profesaba el socialismo utópico². Además escribió contra la esclavitud que aún existía en el país; luchó al lado de los liberales peruanos, los hermanos Gálvez, cuando el político Domingo Elías y el general Ramón Castilla se levantaron contra el gobierno del general José Rufino Echenique en 1853. En Lima «Bilbao lideró el levantamiento consiguiendo que las fuerzas echeniquistas depusieran toda resistencia» (Sobrevilla, 2004, pp. 3-4).

Por lo anterior, no fue extraño que una vez fijada la frontera en 1929 las relaciones se retomaran rápidamente no solo a nivel diplomático, sino también social y cultural. Sin embargo, este reencuentro no podría haber sido tan rápido si no fuera por la participación y la colaboración de uno de los sectores sociales más dinámicos de ambos países: los grupos de intelectuales que, desde antes, compartían lazos

y finalmente como virrey del Perú (1796-1801). Como tal, Ambrosio no se podía casar con criollas, por lo que no reconoció al niño que tuvo con Isabel Riquelme. Solo a la muerte de su padre el joven Bernardo comenzó a usar el apellido O'Higgins. Activo participante en las luchas independentistas de su país, fue primer gobernador de Chile independiente entre 1818 y 1823. Ese año abdicó al poder para que tanto los opositores a su gobierno como sus partidarios no se enfrascaran en una guerra civil y se marchó al exilio en Lima, donde el General San Martín, en pago por sus servicios prestados a la Independencia del Perú, le asignó las haciendas de Montalván y Cuiba, unos 150 kilómetros al sur de Lima. Murió en esa ciudad en 1842 sin poder regresar a su tierra natal (Eyzaguirre, 1965).

² Francisco Bilbao, líder e ideólogo de la Sociedad de la Igualdad, inspirado en el socialismo utópico de Lammenais y Quinet y en la revolución europea de 1848, encabezó el motín de 1851 contra la candidatura del conservador Manuel Montt; derrotado, estuvo exiliado en Lima entre 1851 y 1855; allí hizo propaganda contra el fin de la esclavitud y se unió a los líderes liberales los hermanos Gálvez en contra del presidente Echenique: «Bilbao lideró el levantamiento consiguiendo que las fuerzas echeniquistas depusieran toda resistencia» (Sobrevilla, 2004, pp. 3-4). Vicuña Mackenna, también «igualitario», estuvo un tiempo en Lima, de paso hacia su exilio en Europa, en dos momentos: 1852 y en 1856, en ambas ocasiones por su involucramiento en conspiraciones contra el gobierno conservador. Lastarria estuvo exiliado en Lima entre 1850 y 1851, cuando fue deportado por el gobierno conservador. Derrotada la revolución de 1851, volvió pocos meses después y permaneció hasta 1853. Posteriormente fue brevemente embajador de Chile en el Perú en 1862 durante el gobierno de José Joaquín Pérez; volvió y desde la Cámara de Diputados se opuso al reconocimiento del Imperio de Maximiliano en México; poco tiempo le tocó enfrentar como embajador en Argentina y Uruguay la guerra contra España y asistir en su lecho de muerte a su amigo y discípulo Francisco Bilbao (Délano, 1944, pp. XXIV-XXX).

de amistad e intercambiaban no solo lecturas y conocimientos sino también colaboración ideológica y hasta política.

Pese a toda esa tradición de comunicación en intercambio, desde que finalizó la Guerra del Pacífico el Estado oligárquico y un sector importante de la sociedad chilena construyeron una épica patrioter de país vencedor que insufló en la cultura durante casi cuatro décadas. Solo después de finalizada la Primera Guerra Mundial y de la articulación de un movimiento pacifista a nivel internacional, surgieron voces disidentes a ese discurso oficial que buscaron aminorar los efectos de la ocupación chilena de la zona que permanecía en litigio y que criticaron esa épica patrioter. Una de las avanzadas de este movimiento contra la cultura oficial fue la Federación de Estudiantes, que comandada por sectores cercanos al anarquismo, al radicalismo y al positivismo religioso, realizaron la crítica intelectual más contundente, aunque debieron soportar las consecuencias de esa disidencia: en 1920 los sectores conservadores y nacionalistas del Congreso Nacional movilizaron al ejército en la «Guerra de don Ladislao», un conflicto inventado por una posible amenaza en la frontera norte. Además, llevaron a cabo una *razzia* a través del «Proceso a los subversivos» y encarcelaron a 300 dirigentes obreros y estudiantiles. La campaña patrioter solo se detuvo con la muerte de un líder estudiantil, el joven poeta José Domingo Gómez Rojas, quien murió enloquecido y enfermo de meningitis en la Casa de Orates, luego de haber sido encarcelado por tres meses y sometido a torturas y vejaciones (Moraga Valle, 2013).

Uno de los medios más fuertes desde los cuales se articuló esa crítica pacifista y antioligárquica fue *Claridad*. Órgano oficial de la Federación, esta revista surgió como respuesta al llamado de los intelectuales franceses Anatole France y Henri Barbusse, quienes a través del manifiesto «El resplandor en el abismo: lo que quiere el Grupo Claridad», llamaron a construir una «internacional del pensamiento» que propagara la paz y el entendimiento entre las naciones. En sus páginas los estudiantes pacifistas chilenos levantaron la crítica más fuerte al sistema político oligárquico, las clases dominantes chilenas y a la épica guerrera que estos habían levantado como discurso cultural (Moraga Valle, 2007, pp. 294-295). Uno de los activistas más radicales fue el positivista Carlos Vicuña Fuentes, quien en 1921 publicó un folleto en el que instaba al gobierno chileno a devolver al Perú y a Bolivia los territorios ganados en la guerra. La polémica estalló y días después el autor especificó sus postulados:

El problema de Tacna y Arica no estriba ciertamente ni en que Chile se quede con esas provincias, ni tampoco en que las devuelva al Perú: plantear en el terreno meramente político esta cuestión carece de verdad, porque el problema es más alto y trascendental. Consiste él esencialmente en que cese el conflicto entre Chile y Perú, vuelva entre ambos la amistad, nacida de la paz moral y desaparezca

el síntoma perturbador de la armonía en nuestro continente... consecuencia de ello será el cambio de la política agresiva, la disminución de los armamentos, el desarrollo del comercio y la vuelta al predominio de los conceptos morales, hoy día abandonados por la necesidad de cohonestar nuestra política³.

Para el autor el resultado no fue tan trágico como el anterior, pero fue expulsado de su cargo de profesor en el Instituto Pedagógico y en el Instituto Nacional (Vicuña Fuentes, 1921; Moraga Valle, 2007, pp. 329-334).

Solo después de la firma del tratado de paz, el desprestigio de los militares, que se habían inmiscuido en la política y el gobierno desde 1924, se vio menoscabado y en definitiva selló hasta el presente los afanes de los sectores nacionalistas en mantener el «espíritu guerrero» de un país vencedor. Así la épica patrioter se refugió y reprodujo solo entre los militares y entre un grupo muy específico de historiadores conservadores y nacionalistas que se atrincheraron en las ideas y desde allí presentaron batalla.

2. LA AVANZADA DIPLOMÁTICA Y CULTURAL CHILENA EN TIERRAS LIMEÑAS

Durante la década de 1920 Chile y Perú tuvieron en común que, al menos durante un tiempo, estuvieron dominados por regímenes autoritarios de origen civil, pero apoyados por militares. En el Perú en 1919 ganó las elecciones Augusto B. Leguía, quien argumentó que no reconocerían su triunfo y dio un golpe de Estado apoyado por los militares. Se inició así un período conocido como el «oncenio» (1919-1930), en que Leguía asumió como presidente provisorio, disolvió el Congreso, convocó a una Asamblea Nacional y promulgó una nueva constitución: se hizo elegir para el período 1919-1924 y reelegir para el período 1924-1929 y 1929-1934, pero su último mandato fue interrumpido por el golpe del teniente coronel Luis Miguel Sánchez Cerro. En el mismo periodo Chile estuvo gobernado por cuatro presidentes: Juan Luis Sanfuentes 1915-1920, Arturo Alessandri Palma (1920-1925), Emiliano Figueroa Larraín (1925-1927) y Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931). Desde fines del gobierno de Sanfuentes la crisis política estaba instalada en el régimen; Alessandri, pese a sus promesas, fue incapaz de enfrentar a la oligarquía y se dedicó a reprimir a estudiantes y obreros izquierdistas; por ello, en setiembre de 1924, un grupo de militares antioligárquicos, la mayoría provenientes de los mandos medios, se pronunció contra el Congreso y el presidente negoció un permiso para ausentarse del país, pero fue reemplazado por una Junta de Gobierno encabezada por el alto mando de las Fuerzas Armadas. En marzo de 1925 los uniformados antioligárquicos destituyeron

³ «El cartel de hoy». *Claridad* 33, Santiago, 10 de septiembre de 1921.

a la Junta y repusieron a Alessandri en la presidencia, con el compromiso de redactar una nueva constitución política. En todos estos movimientos la acción de Ibáñez, entonces un joven coronel del ejército, adquirió paulatinamente cada vez más protagonismo y ocupó ministerios claves en el gobierno de Figueroa, primero en Defensa y luego en Interior, a tal punto que lo obligó a renunciar y a convocar a elecciones donde el militar fue el candidato único. Se inauguró así la «dictadura de Ibáñez», un gobierno que modernizó el Estado y la policía e impuso las leyes de sindicalización, con lo que «domesticó» al movimiento obrero. Uno de los mayores logros de ambos presidentes —Leguía e Ibáñez—, fue la firma del Tratado de Lima, en 1929, que puso fin a casi medio siglo de indefiniciones en los límites de ambos países y restituyó las relaciones diplomáticas.

Desde un año antes de la firma se dejó caer una «avanzada chilena sobre tierras limeñas; este contingente inicial estuvo formado por empresarios, deportistas y periodistas. El primero en llegar fue Guillermo Córdor, gerente de la Compañía Sudamericana de Vapores. Lo siguió Rafael Maluenda, «el tuerto del diablo», corresponsal de *El Mercurio* de Santiago y Manuel Eduardo Hübner, del oficialista diario *La Nación*. Paralelamente, desde Lima se contrató a un club de fútbol, el Santiago Fútbol Club, que llegó acompañado por el diputado por Valparaíso Luis Valencia Courbis y un dirigente deportivo, Ernesto Goycolea, «esbelto y cortés deportista» que se había desempeñado por mucho tiempo como Oficial Mayor de la Cámara de Senadores de Chile. Maluenda, «culto e imaginativo», era uno de los mejores cuentistas chilenos, autor de «La Pachacha», «Los ciegos» y «La cantinera de las trenzas rubias», entre otros. Hübner era un escritor perteneciente al grupo de los «imaginistas» que editaban la revista *Letras*. Ambos trabaron profunda y duradera amistad con Luis Alberto Sánchez, subdirector de la Biblioteca Nacional del Perú (Sánchez, 1975, pp. 16-17).

A los periodistas y empresarios les secundaron diplomáticos y escritores al servicio del gobierno, encabezados nada menos que por el ex presidente Emiliano Figueroa Larraín, un conspicuo miembro de la oligarquía chilena, pero de gustos «campechanos» y de trato familiar. A este lo precedió el consejero Jorge Saavedra Agüero, casado con una trujillana, y sus escoltas Fernando Zañartu —«un donjuán diplomático, ágil, galante, astuto y un correcto consejero»— y Héctor Gallegos, quien también se uniría a una ciudadana peruana.

El embajador Figueroa pronto se acostumbró al ambiente limeño y a las recepciones en la embajada prefería los desayunos en el Can Can o el Mercado Central, el Club Nacional o el bar del Hotel Bolívar. También, ya de noche, iba a tomar pisco sour al Morris Bar, «la mejor cantina que jamás haya habido en Lima», ubicada en la calle de Boza, donde el «cojo» Morris creó la afamada bebida, o en el calle Tayacaja,

a casa de Juanito Huerta, un zambo que fue mánager del Club Alianza Lima durante su gira a Chile en 1935. Huerta era ocasionalmente «mozo de estoques» de algún torero famoso, pero sobre todo era revendedor de boletos de teatro y del Jockey Club, donde trabajada en forma permanente (Sánchez, 1975, pp. 17-18).

Pero la «dictadura» de Ibáñez, al igual que el gobierno de Leguía, entró en una profunda crisis política agravada por la debacle económica mundial que estalló en 1929. La represión a los opositores, el excesivo control del Estado y las vacilaciones políticas del gobierno hicieron crisis cuando una rebelión ciudadana organizada por profesionales y estudiantes que se tomaron las calles se unió a las ya constantes conspiraciones políticas y logró derrocar al militar que abandonó el país y se exilió en Mendoza en julio de 1931 (Moraga Valle, 2007, pp. 227-235).

La derrota de la dictadura, sin embargo, no trajo la tranquilidad social. A la extrema pauperización de las clases trabajadoras se unió la de amplios sectores de clase media. Paralelamente, el sistema político oligárquico, que se hallaba en crisis desde hacía una década, vio su fin —provocado por el autoritarismo— y surgió uno nuevo, basado en una división ideológica y de clases que se construyó acelerada y desordenadamente. Entre la renuncia de Ibáñez en julio de 1931 y las elecciones presidenciales de octubre de 1932, se produjo una serie de asonadas populares, conspiraciones políticas, rebeliones militares y golpes de Estado que, aunque en general no tuvieron altos grados de violencia, impidieron el normal desarrollo de la vida cívica y política y, con ello, la recuperación económica.

3. DESAFIANDO DICTADURAS: ESCRITORES Y CONSPIRADORES CRUZANDO FRONTERAS

Pese a la disputa limítrofe pendiente y al ambiente de revanchismo imperante en la década de 1920, se produjeron intercambios culturales y políticos antes de que se firmara el Tratado y se restablecieran las relaciones diplomáticas. Fue la acción de dos tipos de intelectuales que, ocupando la franquicia que les daba su figuración pública como escritores o artistas, sortearon los controles policíacos de las respectivas dictaduras y atravesaron la frontera en una u otra dirección. Adelantándose a los acercamientos oficiales, los grupos de intelectuales establecieron relaciones independientes de sus propios Estados o gobiernos.

Trabajos de algunos intelectuales interesados en promover el acercamiento entre ambos países fueron publicados en *Atenea* desde recién fundada la revista de la Universidad de Concepción, dirigida por el filósofo Enrique Molina. Uno de estos escritos es de Luis Alberto Sánchez, sobre la reciente reedición en la ciudad del Rímac de un libro de juventud de Vicuña Mackenna que había sido publicado en el Perú en 1860.

El texto de Sánchez era el prólogo al libro del historiador chileno *La revolución de independencia en el Perú* (Sánchez, 1925, pp. 56-58). En su artículo el intelectual peruano pone en contexto las historias cruzadas que escribieron historiadores chilenos y peruanos respecto de la Guerra del Pacífico y donde, a su juicio, los chilenos salen ganando en erudición y épica respecto de los peruanos. No ahorra elogios para Vicuña Mackenna en la reseña de su vida pública, en una carrera política que le significó destierros y persecuciones, pero también grandes logros, como el haberse dedicado a escribir la historia de ambos países. En la década siguiente, Sánchez se convertiría en un colaborador semi permanente de la revista con recensiones y artículos de diversa índole.

En el Perú el grupo más activo fue el liderado por el conocido intelectual y político José Carlos Mariátegui, director y fundador de *Amauta*, quien construyó una vasta red de colaboradores que publicitaron la revista a la vez que establecieron contactos e intercambios con intelectuales en varios países del continente. A la tertulia de *Amauta*, que se realizaba en la calle Washington, en las afueras del centro de Lima, acudió en alguna oportunidad Joaquín Edwards Bello, escritor chileno que profesaba un antiimperialismo pro hispanista. Ahí dio a conocer sus principales novelas y estableció una duradera amistad con Luis Alberto Sánchez. Mariátegui retribuyó, generosa pero críticamente, la visita de Edwards comentando sus libros *El roto* y *El chileno en Madrid*, expresión de que, según sus palabras, «con la novela entra la literatura en su edad madura» (Mariátegui, 1928, pp. 103-104).

Amauta fue caja de resonancia para un selecto grupo de escritores chilenos. Armando Donoso, uno de los más prominentes, de paso por Lima proveniente de un viaje a La Habana, fue entrevistado por «JDC». El chileno aprovechó la ocasión para hacer propaganda de la editorial Nascimento y del gobierno de Ibáñez y su reforma educacional, que impulsaba su corifeo el ministro de educación Eduardo Barrios. Además presentó a su compañera, la poetisa María Monvel (a quien el reportero puso al lado de Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbouru); esta prometió colaborar en *Amauta* con algunos de sus poemas⁴.

Antes de embarcarse en su viaje de intercambio cultural en marzo de 1930, Sánchez recibió de Mariátegui un encargo personal ante su decisión de dejar el Perú. Las persecuciones políticas del gobierno de Leguía, las presiones de la Internacional Comunista y los problemas de salud habían hecho que el líder socialista fraguara el proyecto de exiliarse en Argentina; allí lo recibirían Samuel Glusberg (seudónimo de Enrique Espinoza) y Leopoldo Lugones. Mariátegui quería costear parte de su viaje dando conferencias en la Universidad de Chile; Sánchez hizo la gestión

⁴ JDC, *Interview* de «Libros y Revistas» con Armando Donoso. *Amauta* 12, 41-42.

y el mismo rector, Armando Quezada Acharán, le extendió una invitación oficial para que el intelectual peruano cumpliera su cometido. En la ocasión Magda Portal y Serafín del Mar, contertulios limeños y agentes de *Amauta*, se refugiaron en Chile antes de restablecerse las relaciones; ambos se acercaron al conferencista en Santiago, preocupados por la aguda crisis de salud del autor de *Siete ensayos*. La carta de invitación, en manos del mismo Sánchez, llegó a Lima un día después del fallecimiento de Mariátegui (Sánchez, 1975, pp. 26, 28).

Una de las propagandistas culturales del ideólogo peruano era Blanca del Prado, quien alrededor de 1929 era la agente de *Amauta* en Santiago; había sido comisionada por José Carlos Mariátegui para hacer contactos y establecer una agencia de la revista en Chile. La poetisa al poco tiempo entabló relaciones con los directores de las revistas *Atenea*, de la Universidad de Concepción, el filósofo Enrique Molina, y con *La Revista de Educación*; sin embargo, y pese a sus esfuerzos, no pudo consolidar la deseada agencia⁵. La situación política, de fuerte control policiaco hacia los opositores al régimen de Ibáñez, y en particular hacia los grupos de intelectuales activos, muy interesados en el derrocamiento del militar, debe haber sido su principal escollo. En este ambiente una mujer extranjera debe haber visto fuertemente impedida su libertad de movimiento.

De todos modos, y pese al exilio, el aporte cultural y la apertura de los intelectuales chilenos permitió a sus colegas peruanos ampliar sus horizontes y vincularse a otros grupos y movimientos culturales. Por ejemplo, artículos y colaboraciones de autores peruanos exiliados en Chile aparecieron en la revista *Letras*, «Mensuario de Arte y Literatura», que salió entre 1928 y 1930. Esta publicación era del grupo de escritores vanguardistas autodenominados «imaginistas», compuesto, entre otros, por Ángel Cruchaga, Salvador Reyes, Hernán del Solar, Luis Enrique Délano y nuestro conocido Manuel Eduardo Hübner. El número 18 de *Letras*, de marzo de 1930, incluyó «Cuento de niños pobres», de Serafín del Mar. En la misma entrega el escritor chileno Alberto Rojas Jiménez escribió un laudatorio comentario sobre Blanca del Prado como prólogo a cuatro de sus poemas (Mar, 1930, pp. 6-7; Rojas Giménez, 1930, p. 15).

Otro tipo de personajes que cruzaron la frontera en una u otra dirección eran agitadores o aspirantes a políticos. Es el caso de Marcos Chamudes Rietich, joven chileno descendiente de judíos, quien apareció en Lima en 1929. Había salido de Chile con un encargo comercial de la tienda de sus padres, quienes vendían pieles y disfraces para la fiesta de los estudiantes en un local del centro de Santiago.

⁵ Aunque Fernanda Beigel en ninguno de sus dos libros da mayores antecedentes de esta agente de *Amauta* en Chile (Beigel, 2006, p. 231).

Chamudes, sin ideas políticas pero con «un lastre de confusiones ideológicas», no sabía mucho del Perú; sin embargo, hasta sus oídos juveniles habían llegado los nombres de los líderes Mariátegui y Haya. Fue mucha su sorpresa cuando los encontró en partidos distintos, uno como jefe de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA, y el otro sosteniendo, contra la presión de la Tercera Internacional para que se uniera a sus filas, al Partido Socialista del Perú, PSP (Chamudes, 1965, p. 39). Aunque Chamudes hizo amistad con personajes de ambos grupos, para ver cuál era el que le convencía más, optó por el comunismo. Mariátegui falleció en esos meses y su viuda, Ana Chiappe, no solo le abrió al joven chileno la biblioteca de su marido; también le hizo contactos con «Vanguardia», un grupo de estudiantes e intelectuales, formado principalmente por comunistas y al cual se podía entrar sin militar en el partido. Pese al carácter semi público, las condiciones en que el grupo se mantenía eran de cuidada clandestinidad; por ello, a la primera reunión que Chamudes asistió fue sorpresivo que llegara Eudocio Ravines, flamante secretario general del Partido Comunista del Perú, PCP, a quien se creía exiliado, pero que había regresado a Lima clandestinamente. Era un momento crucial para la organización: muerto Mariátegui, quien se había negado a cambiar el nombre al partido que fundara y que tanto le costara mantener, sus seguidores lo afiliaron a la Internacional Comunista y le cambiaron el nombre y la orientación ideológica.

Ravines había estado en Chile deportado por Leguía por ser un agitador estudiantil en las jornadas de mayo de 1923; había llegado al puerto de Valparaíso acompañado de Óscar Herrera Marquis, amigo de Haya de la Torre. Ambos eran profesores de las Universidades Populares González Prada, UPGP. Los líderes del anarquismo estudiantil, que entonces lideraban la Federación de Estudiantes chilena, Alfredo Demaría, Roberto Meza Fuentes, Eugenio González y Óscar Schnake, lo recibieron amistosamente y le dieron protección (Ravines, 1981, p. 93)⁶. Pero Ravines y sus compañeros llegaron en mal momento: la agitación política producto de la crisis del gobierno de Alessandri llevó a un golpe militar en setiembre de 1924 y los jóvenes peruanos fueron blanco del celo de Ventura Maturana, un astuto policía que se destacaría por su ferocidad anti izquierdista durante el gobierno de Ibáñez. Maturana lo expulsó nuevamente y fueron a dar a Buenos Aires, donde Ravines participó de las Ligas Antiimperialistas. En Santiago, el joven agitador peruano conoció fugazmente a Chamudes, por lo que esa noche en Lima, siete años después, lo reconoció de inmediato. Cuando finalizó la reunión clandestina

⁶ Los profesores de las UPGP deportados fueron: Haya de la Torre, Eudocio Ravines, Óscar Herrera, Luis F. Bustamante, Enrique Cornejo Köster, Luis Heysen, Nicolás Terreros, Esteban Pavletic, Jacobo Hurwitz, Julio Lecaros y Alberto Delgado (Mazo, 1968, p. 22).

de Vanguardia ambos tuvieron una larga entrevista que selló la entrada del joven al comunismo peruano⁷.

Pero la suerte de Chamudes en Lima duró poco. Una nueva dictadura, ahora militar, le siguió a la dictadura civil de Leguía; se desató una fuerte represión que no solo reprimió a los comunistas sino también a trabajadores comunes y corrientes que no tenían otro pecado que haber apoyado una huelga. En una de las tantas redadas el joven chileno cayó preso, y sin importar su condición de extranjero fue confinado a un islote prisión, frente al Callao. Allí, en la que jocosamente la prensa limeña llamaba la «universidad comunista de El Frontón», el chileno consolidó sus convicciones compartiendo con los militantes comunistas presos que lo adoctrinaron en cursos de ideología y política. De este modo, a los 23 años, se inició una segunda etapa de su vida que tendría para él insospechadas consecuencias (Chamudes, 1965, pp. 55-56).

Chamudes regresó a Chile alrededor de mayo de 1931, deportado por la policía de Leguía pero convertido en un comunista experimentado: había pasado por la militancia clandestina, la cárcel y el adoctrinamiento en la línea del «tercer período». El régimen de Ibáñez se debatía en medio de la crisis económica y las conspiraciones de políticos y militares que amenazaban con terminar con el régimen. El joven no tenía ningún contacto y los dirigentes comunistas, perseguidos y acorralados por la policía política ibañista desarrollaban muy pocas actividades y en la total clandestinidad⁸.

La constante represión del gobierno de Ibáñez hacia las conspiraciones civiles y militares expulsó a algunos líderes hacia el norte. Fue el caso de Óscar Schnake Vergara, estudiante de medicina que abandonó la carrera por la política; había sido fugazmente presidente de la Federación de Estudiantes en 1922, cuando militaba en el grupo universitario Lux, uno de los más altos exponentes del anarquismo intelectual de la década (Moraga Valle, 2007, pp. 346-354). En 1930 se involucró, junto a algunos civiles de inclinación socialista, en la conspiración conocida como del «avión rojo», comandada por el comodoro del aire Marmaduke Grove Vallejos y otros militares. Descubierta el complot por traiciones de última hora, los concertados recibieron diferentes penas; Grove fue desterrado a la Isla de Pascua y Schnake partió al Perú. En Lima el conspirador se alojó en una pensión en los altos del diario aprista *La Tribuna*, que dirigía Sánchez. Allí Schnake trabó amistad con Manuel

⁷ En sus memorias Ravines no recuerda este primer encuentro con Chamudes, que para el entonces joven chileno fue trascendental en su evolución política e ideológica (Ravines, 1981, pp. 93-94; cfr. Chamudes, 1965, p. 40).

⁸ Las extremas condiciones de aislamiento y de desorganización de los comunistas chilenos al final de la «dictadura» de Ibáñez en Varas, 1991, pp. 12-35.

«El Negro» Solano, reportero y redactor del periódico. Regresó a Chile probablemente a fines 1931 y se vinculó a la Acción Revolucionaria Socialista, ARS, una de las tantas vanguardias políticas surgidas entre julio y diciembre de 1931, que reunió a líderes obreros y estudiantiles que habían militado en las diversas organizaciones anarquistas de principios de la década anterior. A partir de los meses anteriores a junio de 1932 iniciaron un proceso conspirativo que los llevó a unirse a militares y ex ibañistas para juntos dar un golpe de Estado y declarar una efímera República Socialista que duró apenas doce días, pero en los cuales se ensayaron profundas transformaciones sociales y políticas de insospechadas proyecciones, y Schnake fue nombrado secretario general de la presidencia. Un «golpe dentro del golpe» protagonizado por militares e ibañistas sacó a los socialistas del poder y los encarceló o relegó a distintas zonas remotas del país (Sánchez, 1975, pp. 32-33; Charlín, 1972). Schnake logró eludir la acción represiva y desde la clandestinidad se dedicó a coordinar a los otros grupos vanguardistas de carácter socialista, los que, sin mucha unidad ideológica pero con un excesivo pragmatismo, se unieron en el Partido Socialista de Chile (PSCh) en abril de 1933, formando uno de los partidos de izquierda de más rápido crecimiento por su base social pluriclasista y la espectacularidad de ese gobierno efímero, que premió la trayectoria del conspirador cuando lo nombró primer secretario general del flamante partido. Esta sería la principal organización política que tendría muchos puntos de contacto y coincidencias ideológicas con el Partido Aprista del Perú, PAP, fundado en 1930 (Moraga Valle, 2009).

4. INTELLECTUALES HISPANOAMERICANISTAS AQUÍ Y ALLÁ: EL GRUPO ÍNDICE

Inmediatamente firmado el tratado de 1929, los gobiernos de Leguía e Ibáñez acordaron allanar las relaciones a través del intercambio de embajadas culturales. Por esta razón el subdirector de la Biblioteca Nacional del Perú llegó a Santiago invitado por la Universidad de Chile. Luis Alberto Sánchez dio tres conferencias sobre literatura peruana en el Salón de Honor de la casa de estudios y departió con periodistas y académicos cuya amistad había granjeado en Lima, entre las negociaciones que restablecerían las relaciones (Sánchez, 1975, pp. 18-29). Pocos años después volvería a Chile a vivir un prolongado exilio, ya no como un intelectual del régimen leguista, ni como amigo ni agente de Mariátegui, sino como militante aprista y como uno de los principales líderes del aprismo.

Uno de estos grupos que acogió en Chile a intelectuales peruanos fue el que publicaba la revista *Índice*, «Mensuario de cultura actual, información, crítica y bibliografía». El grupo Índice nació en 1930 por iniciativa de escritores y académicos que en las décadas siguientes jugarían papeles importantes en la cultura local.

Reunía a simpatizantes del socialismo que después tuvieron evoluciones políticas muy diversas, con otros que evolucionarían hacia el liberalismo o incluso el nazismo. La revista *Índice* tenía en su comité directivo al venezolano Mariano Picón Salas y los chilenos Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, Eugenio González y José Manuel Sánchez. En la editorial de su primer número, firmada por Picón Salas declaraban:

Quienes lo redactamos hemos vivido algo; nos acercamos a los treinta años, época de reflexión y responsabilidad, y perdimos ya esa fiebre adolescente que se traducía en revistas. Ahora nuestras palabras son más escasas y más lentamente pensadas. Pero, por eso mismo, tenemos voluntad para encausar un deseo [...]. Servir al país en la única forma eficiente en que pueden servirlo los trabajadores intelectuales⁹.

Índice compartía ideológicamente la necesidad de unidad continental —aunque no se definía ni por el indoamericanismo aprista ni por las propuestas mariateguianas, más cercanas al internacionalismo proletario— pero se encontraba claramente distante del panamericanismo propuesto por Washington. El americanismo de *Índice* provenía de la fuerte influencia de la que aún gozaba el modernismo literario entre algunos intelectuales chilenos, pese a la fuerza de las vanguardias literarias, que tendieron a desplazar abruptamente las propuestas estéticas de Rubén Darío y sus compañeros de generación. Dan cuenta de ello un artículo biográfico sobre el centenario de Sucre y otro trabajo en el que Lorenzo Martes escribió sobre «La acción intelectual en Indo-América», en el que fundía las ideas evolucionistas del darwinismo con el indoamericanismo. Ejemplo del eclecticismo y de que no había una sola línea editorial es el trabajo del director del Museo de Bellas Artes, el pintor húngaro Pablo Vidor, quien escribió «Anotaciones sobre el ambiente artístico en Hispano-América». Otros trabajos destacables son un artículo del filósofo Bertrand Russell sobre la civilización occidental y uno sobre la «Reforma a la educación secundaria», de Héctor Gómez Matus.

El segundo número de *Índice* fue dedicado a conmemorar la vida de Mariátegui, debido a su reciente fallecimiento. En la ocasión colaboraron Raúl Silva Castro y Magda Portal. El artículo de esta última suscitó una fuerte polémica entre la poetisa peruana y Marcos Chamudes, quien en ese momento aún militaba en el Partido Comunista del Perú. En sucesivas cartas, publicadas en los números 5 y 9 de la revista, ambos discutieron en torno al legado del recientemente desaparecido fundador del Partido Socialista del Perú. Chamudes, ahora un dogmático comunista

⁹ *Índice* 1, abril de 1930, p. 1. Entre los «accionistas» del grupo, que colaboraban pero no necesariamente participaron directamente de él, había figuras como los escritores y literatos Domingo Melfi, Juanario Espinoza, Mariano Latorre, Benjamín Subercaseaux y futuros historiadores como Francisco Frías Valenzuela, Juan Gómez Millas, Julio Heisse González, Eugenio Pereira Salas, entre otros.

del «tercer periodo», disminuyó la importancia del papel de Mariátegui en las luchas políticas en el Perú y lo acusó de ser un vacilante.

La revista *Índice* y el grupo homónimo son ejemplo de una vanguardia política e intelectual, es decir, un grupo a medio camino entre las vanguardias artísticas que pulularon en el movimiento estudiantil entre 1918 y 1932 y los círculos literarios e intelectuales. Pero no eran partidos políticos formales, compartían ideas estéticas y políticas como el antioligarquismo, la simpatía por la Revolución Rusa y la recepción de los movimientos de vanguardia artística europeos y latinoamericanos. El grupo sobrevivió hasta 1933, año en que desapareció la revista. Algunos de sus miembros se integraron al Partido Socialista; otros, especialmente los historiadores, evolucionaron al fascismo local o la extrema derecha.

5. VANGUARDISMO Y APRISMO EN SANTIAGO Y LIMA

Si la década de 1920 había sido relativamente similar en lo que respecta a los dos gobiernos bajo los cuales se firmó el tratado de 1929, en la década de 1930 ambas naciones se alejaron en sus procesos históricos. Mientras el Perú fue gobernado por dos dictadores militares, Luis Miguel Sánchez Cerro (1930-1933) y Óscar Benavides (1933-1939), Chile, luego de un breve período de inestabilidad —entre julio de 1931 y octubre de 1932— logró normalizar su sistema político e inició un periodo de cuatro décadas de gobiernos democráticos. En octubre de ese año, luego de un año y medio de inestabilidad, ganó la elección presidencial Arturo Alessandri Palma, quien inició su segundo gobierno. Si en 1920 había ganado como representante de las clases medias y su campaña había tenido un fuerte discurso antioligárquico, ahora se apoyó en la oligarquía para gobernar.

Chamudes volvió a Chile a principios de 1931, en los meses en que la agitación contra Ibáñez crecía, y por medio de contactos familiares se relacionó con otro muchacho de origen sefardita que estudiaba derecho en la Universidad de Chile: Óscar Waiss Band. Ni Chamudes ni Waiss eran militantes del Partido Comunista Chileno, que en esos momentos empezaba a salir tímidamente de la clandestinidad impuesta por la dictadura, pero Waiss logró introducir a Chamudes a Socorro Rojo a través de Robinson Saavedra Gómez (Waiss Band, 1986, pp. 57-67).

Entre su relación con Ravines y los meses de cárcel en El Frontón, Chamudes había aceptado las directrices de la Tercera Internacional, o Comintern, y de su estrategia llamada del «tercer período», adoptadas en el VI Congreso. Estas planteaban la táctica de «clase contra clase», es decir, no formaba alianzas con partidos burgueses ni socialdemócratas, aunque fueran democráticos, ya que eran «socialfascistas»¹⁰.

¹⁰ Un análisis histórico de los resultados de la política del «Tercer período» en América Latina durante los años 1928 a 1935 en Tarcus, 2001, pp. 64-74.

Chamudes y Waiss convocaron a estudiantes de izquierda y fundaron el grupo universitario Avance, según el modelo que Chamudes copió de Vanguardia, la expresión de los comunistas en el movimiento estudiantil peruano. En Avance, que tuvo un papel protagónico en el derrocamiento de Ibáñez, se reprodujeron tres tendencias ideológicas de la izquierda: estalinismo, trotskismo y socialismo, comandadas por Chamudes, Waiss y Salvador Allende respectivamente. Pero Allende se retiró al poco tiempo junto con los otros estudiantes socialistas y se unieron a la fundación del PS. Chamudes se integró a la dirección del PC chileno y Waiss a la dirección del trotskismo local. Pese a las disputas políticas e ideológicas, Avance fue la vanguardia política más importante hasta que se reconstituyó el sistema político, a partir de octubre de 1932.

En el plano general, la renovación de las relaciones renovó también la centenaria tradición del exilio. Esta vez la dirección fue de norte a sur y varios cientos de ciudadanos peruanos llegaron a Chile expulsados por los continuos gobiernos dictatoriales peruanos. En el país del sur no solo se refugiaron; muchos pudieron estudiar y desarrollar carreras profesionales; algunos se unieron a ciudadanos chilenos y formaron familias binacionales; otros, esperando el anhelado regreso, organizaron conspiraciones políticas.

Las fuentes entregan cifras de entre 300 y 400 exiliados peruanos que llegaron a Santiago, Valparaíso y Concepción. Muchos de ellos eran militantes del Partido Aprista Peruano, PAP; otros eran activistas estudiantiles o simplemente ciudadanos que huían de las continuas crisis políticas y la represión de los gobiernos primero de Leguía y luego de Sánchez Cerro. De hecho y por razones de cercanía geográfica, Chile fue el país que recibió más exiliados apristas en la década de 1930¹¹. La cifra fue creciendo conforme el sistema político se estabilizó y el gobierno de Alessandri —quien se había exiliado en Italia al final de su primer mandato y en París durante la mayor parte del mandato de Ibáñez— aplicó una política extraoficial de admisión hacia los exiliados que fue más allá de las inclinaciones políticas del presidente, quien habría dicho: «Yo sé que a los exiliados los friegan mucho los embajadores, esas gatas saloneras de librea galoneada... yo comprendo lo que ustedes sienten; pero aquí en Chile no admitimos ensañamiento contra los proscritos» (Sánchez, 1975, p. 87)¹².

¹¹ Aunque carecemos de cifras oficiales, el testimonio de Armando Villanueva no deja de ser el más autorizado (Villanueva & Thorndike, 2004).

¹² Chile oficialmente había avanzado en el tema cuando firmó, durante la VII Conferencia Panamericana de La Habana en 1928, un tratado para «respetar y hacer efectivo el territorio de las embajadas», lo que era una innovación en el derecho internacional (Lemur López, 2007).

La aquiescencia de Alessandri le otorgó amplios grados de libertad a los apristas, quienes pudieron funcionar públicamente, tener locales, organizar manifestaciones, gozar de prestigio político y social e incluso conspirar, aun siendo refugiados. Uno de los organismos apristas más activo fue la Federación Aprista Juvenil, FAJ, que en Santiago posibilitó que planificaran acciones contra su gobierno a vista y paciencia de las autoridades chilenas. Uno de los casos más patentes fue la «hovación» del Mapocho, en que los «fajistas» atacaron a la delegación peruana a la Conferencia Panamericana de Paz que se celebraría en Buenos Aires. Tres fueron los personeros víctimas del ataque: el canciller Carlos Concha, el consultor jurídico de la Cancillería Alberto Ulloa Sotomayor y el profesor de derecho de San Marcos, Diómedes Arias Schreiber. Aunque no todos eran enemigos declarados del APRA, los impulsivos jóvenes Luis Felipe de las Casas, Manuel «Mañé» Checa Solari, Humberto Liendo, los mellizos Alberto y Ricardo Grieve, Luis Salcedo, J. Rojas Hidalgo, Alejandro Tabini y el colombiano Alfonso López Michelsen, idearon una recepción hostil a la delegación y durante semanas recolectaron huevos en una residencial en que varios vivían hasta que se pudrieron¹³. Cuando la delegación llegó a la estación Mapocho, y pese a la cuidadosa vigilancia de carabineros, una lluvia de huevos podridos cayó sobre la delegación oficial peruana, que iba acompañada por Darío Ovalle Castillo, jefe de protocolo del gobierno. Peor fue el castigo del partido peruano sobre los revoltosos que el propinado por el gobierno chileno. Alessandri, a quien no le agradaba su propio jefe de protocolo, ideó una fórmula para que los jóvenes pudieran librar la cárcel (Sánchez, 1975, pp. 89-92).

A partir de 1934 el mismo Sánchez y su círculo más cercano comenzaron a colaborar en *Ercilla*, la editorial que presidía Ismael Edwards Matte (aristócrata de amplios contactos familiares y empresariales) e integraban Laureano Rodrigo (argentino, casado con peruana), Hans Schwalm y Luis Figueroa. Sánchez entró a trabajar allí el segundo día de su destierro, fue el primer exiliado en integrarse; le siguieron Américo Pérez Treviño, ex diputado por Trujillo; Luis López Aliaga, líder obrero; Alfredo Baluarte, empresario de cines; Medardo Revilla, ex decano del Colegio de Abogados de La Libertad; los hermanos Solís; el «chico» Heredia y el arquitecto Rivera. Cuando en noviembre de 1937 la actividad de la editorial se extendió a las revistas, entraron Manuel Seoane («Alberto Alzamora»), quien fungió como director del semanario *Ercilla*; Manuel «el negro» Solano, que fue jefe de redacción; Bernardo García Oquendo, ex capitán del Ejército Republicano en la Guerra Civil Española;

¹³ Aunque López Michelsen no era exiliado, era hijo del presidente en ejercicio de Colombia, Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y de María Michelsen. El joven se encontraba en el país haciendo estudios de posgrado en derecho en la Universidad de Chile.

Hugo Otero; y el poeta Juan José Lora. Además, colaboraron como traductores Ciro Alegría, quien llegó enfermo de tuberculosis; Ernesto Lizárraga Fischer; el profesor Antero Peralta; el economista Carlos Manuel Cox y el poeta Alberto Hidalgo¹⁴.

Más allá de que la relación de los peruanos con Ercilla fuera de sobrevivencia, con lo que significaba para un grupo de refugiados políticos el llegar a otro país y tener un trabajo digno, a muchos les permitió incluso desarrollar sus carreras intelectuales o profesionales y no solo soñar con el retorno. Si bien Ercilla no era una editorial «aprista» ni «peruana», bajo su sello se publicaron los textos ideológicos de Haya de la Torre como las dos masivas ediciones de *El Antimperialismo y el APRA* y una de 10 000 ejemplares de *Ex combatientes y desocupados*, que aparecieron ese mismo año de 1936 en Chile y la segunda edición de *¿A dónde va Indoamérica?*; *Rumbo argentino y Nuestra América y la guerra*, de Seoane; *Pueblo y continente*, de Antenor Orrego; *Hombres y rejas*, de Juan Seoane; *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría —que completó siete ediciones—; *Duque*, de José Diez Canseco; *Penetración imperialista*, de Pedro Muñoz y Carlos Manuel Cox; *Teoría para la mitad de la vida*, de César Miró y alrededor de diez obras de Luis Alberto Sánchez (Sánchez, 1975, pp. 42-43).

6. EL INDOAMERICANISMO EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Una de las instituciones que albergaron más estudiantes latinoamericanos, y en particular peruanos, fue la Universidad de Concepción. Allí los jóvenes militantes de la FAJ fueron recibidos por sus homólogos de la Federación Juvenil Socialista, FJS y se transformaron en sus aliados «naturales». Esta presencia se tradujo al poco tiempo en un cambio en las fuerzas políticas existentes al interior del movimiento estudiantil regional: el indoamericanismo se transformó en una convocatoria política que pronto ganó presencia en la Federación de Estudiantes de Concepción, FEC. Ejemplo de ello es la formación del Centro de Estudiantes Latinoamericanos, que se organizó en 1936 y cuya primera reunión fue en los salones del diario *El Sur*, donde se discutieron los estatutos y «otros detalles para la mejor vida de este centro»¹⁵.

¹⁴ El poeta Alberto Hidalgo en 1918 había cultivado amistad epistolar, desde Arequipa, con otro escritor chileno: José Domingo Gómez Rojas. La razón para comunicarse fue que ambos estaban en una búsqueda que les permitiera transitar del modernismo al vanguardismo literario. Hidalgo Participó en 1916 en la revista *Colónida*, dirigida por Abraham Valdelomar, y publicó sus primeros poemarios *Panoplia lírica* (1917), *Las voces de colores* (1918) y *Joyería* (1919), en el que denotaba su carácter innovador e inconformista ante los cánones de su época. Gómez Rojas, quien además era dirigente estudiantil y militante del anarquismo intelectual, había publicado *Rebeldías líricas* en 1913 y algunos de sus poemas aparecieron en las míticas revistas *Los diez* y *Selva lírica*, en los que, pese al carácter modernista de ambas, denotaba un nuevo estilo de escritura y el cultivo de temas distintos a los cánones de la época. Fabio Moraga (Moraga Valle, 2013).

¹⁵ «El Centro de Estudiantes Latinoamericanos se reunió ayer». *El Sur*, 3 de mayo de 1936, p. 14.

Coincidentemente, o prueba de la enorme influencia latinoamericanista y de la voluntad del rector Enrique Molina, Luis Alberto Sánchez y Eugenio Orrego Vicuña llegaron a la ciudad invitados por el departamento de extensión de la Universidad. La primera conferencia del intelectual peruano se tituló «¿Fue el modernismo un fenómeno exclusivamente cultural y se debió solo a causas intelectuales?»; la segunda, «Ariel lección equívoca»; y la tercera «Un idealismo sin ideales». En la segunda intervención Sánchez criticó la concepción de Rodó sobre la juventud y su papel en América, que vivía la «idolatría del viejo y el odio al joven»; los apristas criticaron al arielismo para superar sus marcos e instalar el indoamericanismo y el antiimperialismo, sus dos aportes ideológicos más contundentes¹⁶.

Uno de los medios por los cuales se propagó el indoamericanismo fue la revista del Centro de Estudiantes de Medicina, *Universitarios del Sur*, dirigida por militantes de la Federación Juvenil Socialista, FJS y en la que los jóvenes apristas encontraron un espacio. Junto con el arielismo los jóvenes peruanos y chilenos criticaron su producto histórico: el significado y los alcances de la reforma universitaria como movimiento de cambios en la estructura del poder universitario. Aunque esta crítica ya la habían hecho durante el lustro anterior los jóvenes comunistas en la Universidad de Chile, *Universitarios del Sur* recogió esas posiciones revisionistas (Moraga Valle, 2007, pp. 581-588). Por ejemplo, «Más allá de la reforma universitaria» es un artículo escrito por un estudiante de leyes, el aprista peruano Humberto Liendo R., que discutía la vigencia de ese programa a nivel latinoamericano:

El problema de la reforma universitaria que ocupara la atención del continente hasta hace poco, ahora parece que hiciera crisis en la preocupación de los espíritus libres de América. Esto es lógico: la urgencia de nuevos problemas ha desplazado la importancia del movimiento estudiantil, que ya no asume una categoría histórica de primera magnitud. La lucha antiimperialista, la insurgencia de las masas explotadas, la guerra, la cesantía, el hambre, son las interrogantes angustiosas que monopolizan el interés del momento (Liendo, 1936).

El articulista hacía una lectura de la reforma coincidente con la política del «tercer período» de la Comintern, además de utilizar conceptos propios del léxico marxista, como tratar su programa de «demoliberal», o caracterizar la autonomía universitaria como apta para ser utilizada por la «reacción», después de un cambio histórico «dialéctico» protagonizado hábilmente por los sectores conservadores de la comunidad universitaria.

¹⁶ «Mañana hablará en la Universidad Luis Alberto Sánchez». *El Sur*, 6 de mayo de 1936, p. 6. «Ariel, lección equívoca fue el tema versado en la conferencia del intelectual peruano Luis A. Sánchez». *El Sur*, 9 de mayo de 1936, p. 6.

Una de las preocupaciones fundamentales del indoamericanismo giró en torno a los conflictos de los «países hermanos»; al respecto el conflicto del Chaco fue el que acaparó más interés. A mediados de junio de 1935 una delegación de diplomáticos chilenos y argentinos logró que las partes en conflicto firmaran la paz. Ante la noticia, una reunión de la directiva de la Federación no logró acuerdos en torno a la organización, pero emitió un voto de felicitaciones por el éxito en el fin de las hostilidades. Ante esto, el estudiante boliviano, en representación de los compatriotas que estudiaban en la universidad, agradeció el gesto de la FEC y la labor emprendida por el presidente de la República, Arturo Alessandri, y el ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Cruchaga Tocornal, así:

Nosotros, bolivianos estudiantes de esta universidad de Concepción, honra y gloria de la patria, conmovidos profundamente por esta noble acción, brindamos en compañía de nuestros distinguidos compañeros universitarios paraguayos y de Uds., un saludo de gratitud inmensa, en señal de acción de gracias, y repetimos con toda la emoción de que somos capaces, ¡VIVA CHILE!¹⁷

En las páginas de *Universitarios del Sur* las propuestas del aprismo ocuparon una parte de los debates y preocupaciones estudiantiles. Una de las iniciativas, celebrada por los redactores de la revista, fue la celebración del «Día indoamericano», iniciativa de un grupo de estudiantes peruanos, bolivianos y colombianos:

Es por demás sabido que la fraternidad Indoamericana tiene su explicación, hoy más que nunca, en las necesidades económicamente federativas de nuestros pueblos, frente al enorme desborde del capital extranjero, que hacen de nuestras fuerzas activas, un elemento pasivo al servicio de sus grandes intereses. Pero lo que nos interesa en el Momento (sic) es el proceso histórico de la emancipación de nuestros pueblos, en lo que de episódico tuvo el proceso en sí, con sus importantes conclusiones¹⁸.

Así, la emancipación continental había sido un proceso de confluencia de distintas fuerzas latinoamericanas desde el norte y desde el sur en el Perú, comandados por Bolívar y San Martín respectivamente, hasta lograr la expulsión de los españoles y la «Independencia definitiva de Indoamérica». Aunque nuestro autor obvió los conflictos entre los líderes continentales, rescató la emancipación como un proceso regional que era imposible analizar individualmente. La experiencia se había repetido en 1864 cuando España había vuelto por sus fueros a tratar de imponer su dominio

¹⁷ « Interesante reunión celebró ayer en el local de la FEC», *Universitarios del Sur* 6, p. 11.

¹⁸ «El día indoamericano». *Universitarios del Sur* 6, p. 10.

imperial en las costas del Perú y Chile, que se habrían defendido unidos de la agresión. La «intimidación» de este proceso histórico era lo que los jóvenes debían entender que residía en no hacer distinciones entre países del centro o del sur de América sino en reaccionar juntos ante la presencia del peligro común que constituía el imperialismo, es decir, defender juntos la nueva emancipación¹⁹.

La reflexión y el debate indoamericanista no se quedaron allí. Las preocupaciones sobre los temas internacionales (la «revolución española», al nazismo alemán, el fascismo italiano y la constitución rusa) fueron motivos de artículos y comentarios. En particular les preocupó la contradicción entre, por una parte, los liderazgos autoritarios y sus diversas manifestaciones —franquismo, fascismo y nazismo— y, por la otra, la democracia que propugnaban los frentes populares y las garantías constitucionales que reconocía la Carta Fundamental rusa: «Aquellos están por los caudillos, por una élite del Estado; los otros por un gobierno democrático, basado en las clases trabajadoras, es decir, en “el que trabaja debe tener participación en el gobierno”»²⁰. El autor del artículo enfrentaba el debate desde el marxismo y desde el pensamiento de Haya (cuyas reflexiones aún no se diferenciaban tajantemente de la teoría que animaba al movimiento comunista internacional) para hacer una reflexión sobre el Estado, el que si no representaba los intereses de la comunidad, en palabras del fundador del APRA «deviene yugo y no fuerza liberatriz y de resguardo». Lo que hacía atractivo el discurso de Haya para *Universitarios del Sur* era que les permitía interpretar a realidad continental sin seguir los moldes europeos:

[...] mientras que en Europa se han sucedido las diferentes etapas económicas, en nuestros países hay una deformación en nuestra economía, debido a la invasión española y al capitalismo extranjero. Imperialismo; en una palabra existe la superposición de etapas económicas. Así, mientras en Europa el Imperialismo es la última etapa del capitalismo, en Indoamérica es la primera²¹.

De esta manera las doctrinas europeas no calzaban perfectamente con la realidad continental; ello había pasado con la historia de la «Independencia política de Indoamérica». Esta había sido auspiciada por las élites locales que impulsaron la «democracia del liberalismo burgués» basada en ideas abstractas —como libertad, igualdad y fraternidad— que impusieron a la masa indígena y la mesocracia.

¹⁹ «El día indoamericano». *Universitarios del Sur* 6, p. 10.

²⁰ «Contenido social de los movimientos indoamericanos». *Universitarios del Sur* 7, p. 10. Octubre de 1936.

²¹ «Contenido social de los movimientos indoamericanos». *Universitarios del Sur* 7, p. 11. Octubre de 1936.

El proceso revolucionario francés había alimentado las mentes de algunos de los libertadores, por ello es que habían plasmado la «Declaración de los derechos del hombre» en las primeras cartas fundamentales. Sin embargo este principio fue olvidado cuando la oligarquía sucesora del poder lo aplica a la realidad social americana. Citaban al intelectual aprista peruano Alcides Spelucín, quien sostenía que la élite latinoamericana llevaba en su interior la incapacidad de realizar una revolución liberal porque era imposible que hiciera una revolución antifeudal contra sí misma. Esto se demostraba en su incapacidad de formar una burguesía propiamente tal a finales del siglo XIX, por lo que mal podría haberlo hecho al comienzo. De esta manera la asunción de una bandera liberal y democrática por la «clase feudal-criolla» había sido solo una estrategia para independizarse de la monarquía y ahora la élite hacía una alianza con el imperialismo para mantenerse en el poder.

Una nueva «trilogía abstracta», formada esta vez por «patria, raza y religión», impulsada por el fascismo entre el proletariado y la clase media europea, contaba con simpatizantes en el continente americano. Para nuestros comentaristas, el fascismo y el nazismo provenían de la pauperización que el maquinismo y la revolución industrial habían impuesto a las masas proletarias europeas; ello habría derivado en el refugio de los obreros en los sindicatos. La competencia económica e industrial entre los países europeos hacía que estos se refugiaran en el nacionalismo con tal de proteger sus mercados e industria, lo que habría culminado con la Gran Guerra de 1914. La originalmente burguesa doctrina liberal (sufragio universal, libertad de reunión, opinión y asociación) había devenido arma del proletariado. Ante la decadencia del capitalismo surgió algo que la teoría no esperaba: el ascenso de la clase media, que es llamada por el capitalismo a una alianza de carácter nacional y antidemocrático que toma como fundamento raza y religión y le denomina fascismo: el «último recurso de salvación» de la burguesía.

Al llegar el fascismo a Indoamérica se mezclaría con la realidad, en la cual el capital no era nacional sino imperialista. Cualquier intento de independencia económica sería ahogado en sangre, por lo que el intento de formar una élite estatal negaría a los trabajadores una posible intervención en él y sería un eficiente auxilio para el imperialismo²².

²² «Contenido social de los movimientos indoamericanos». *Universitarios del Sur* 7, p. 12. Octubre de 1936.

7. EL INDOAMERICANISMO EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL CHILENO

Pero si la posible influencia ideológica de las propuestas apristas no encontró espacio en el sistema político, sí lo hicieron en el movimiento estudiantil. Hacia la segunda mitad de la década, el indoamericanismo penetró en algunos sectores del movimiento estudiantil más politizado. Una comunicación de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, FECH, encendió la alarma ante el creciente número de estudiantes latinoamericanos llegados al país que no tenían las condiciones mínimas de subsistencia y buscó generar una política de recepción: «que, a la vez de protegerles de las gentes inescrupulosas, les facilite un ambiente social que les favorezca la libre manifestación de su personalidad mediante charlas o conferencias, veladas». Además, tenía el objeto de crear «el espíritu de camaradería, de confraternidad» entre el estudiantado latinoamericano y chileno²³.

Uno de los espacios donde los jóvenes peruanos encontraron eco en sus inquietudes políticas e ideológicas fue la revista *Universitarios del Sur*, definida como «una revista netamente universitaria... un órgano que dé a conocer nuestras actividades, nuestros problemas». Ateniéndose a los últimos vaivenes de la organización estudiantil, trataba de proyectar un afán independiente, pluralista y abierto a las reacciones de sus posibles lectores: «Y sobre todo reflejaremos en cada número los múltiples problemas que a diario se presentan a la muchachada universitaria. Trataremos de ser el portavoz de sus aspiraciones y de sus luchas, sin abanderizarnos con grupos determinados [...] en cada número próximo iremos mejorando nuestro material de lectura a gusto de nuestros lectores. Agradeceremos cualquier insinuación que tienda a mejorar nuestra revista»²⁴.

Desde el comienzo estos estudiantes de medicina demostraron sólidos lazos con las autoridades universitarias: en el avisaje, que financiaba los costos de la publicación, aparecía la revista *Atenea* como uno de sus auspiciadores importantes, junto a una serie de prestigiosas tiendas de confección, modestas farmacias, sencillas zapaterías, librerías, laboratorios dentales y cafés de la ciudad. Desconocemos el tiraje de los ocho números que se publicaron entre abril de 1935 y junio de 1937, que completaron alrededor de 240 páginas de editoriales, artículos, comentarios, crónicas, poemas y avisos, impresos en los Talleres Gráficos Salesianos. Las secciones de la revista daban cuenta de la diversidad de intereses del movimiento estudiantil. Las primeras páginas eran ocupadas por la editorial, que en el primer número incluyó un notable artículo en el que se hacía un análisis de la historia de la Escuela de Medicina²⁵.

²³ «Hogar para los universitarios extranjeros en Santiago». *La Opinión*, 7 de abril de 1936, p. 7.

²⁴ «Once años. Toque de llamada». *Universitarios del Sur* 1, 26 de abril de 1935, p. 3.

²⁵ A. Santa Cruz, «Hace 16 años». *Universitarios del Sur* 1, 26 de abril de 1935, p. 4.

Otro artículo, de carácter reivindicativo, cerraba la sección editorial: denunciaba el exorbitante precio de los libros de estudio, elevado por la devaluación del peso chileno. La sección literaria incluía artículos sobre algún escritor famoso. En el primer número publicaron uno sobre Gustavo Adolfo Bécquer, al que destacaron como figura romántica; además, aceptaba colaboraciones de poetas ocasionales que se cultivaban a granel entre el estudiantado. La sección científica contenía artículos sobre temas varios e innovaciones del avance del conocimiento aplicadas a la medicina; la sección musical estaba destinada tanto a promover el cultivo de la música como a la formación de un conservatorio en la universidad. Otra de las secciones permanentes era «Ajedrez universitario», que continuó más allá de la existencia de la revista que cerró sus prensas en junio de 1937²⁶. «Crónica universitaria», una sección obligada en toda revista estudiantil de la época, informaba sobre las actividades de los centros estudiantiles.

Por un extracto de «Crónica universitaria», sabemos que en 1935, después de las elecciones de ese año, el directorio del Centro de Estudiantes de Medicina estaba constituido por Luis E. Bravo P. como presidente, vicepresidente fue Hipólito Vergara, secretario Amador Awapara, y tesorero Raúl Zapata: la estructura de la organización se completaba con los estudiantes Rioja, Echañiz, Simpfendörfer y Lombardi. La composición del directorio es una muestra del carácter de la carrera y de la universidad y su composición social; en él destacan los apellidos de extranjeros como al alemán Simpfendörfer y el italiano Lombardi, al lado de otros de origen vasco como Echañiz, castellanos como Rioja y un peruano de origen palestino, Awapara. A través de esta lista aleatoria podemos ver la constitución social de la clase media penquista: familias de origen castellano y vasco (la antigua composición de la élite chilena) junto con apellidos de inmigrantes recientes: alemanes e italianos y de exiliados o jóvenes que llegaron producto del cierre de la Universidad de San Marcos, decretada por la dictadura de Sánchez Cerro²⁷.

El número de estudiantes extranjeros en la Universidad de Concepción llegó a ser importante, aunque no hemos podido determinarlo. A los estudiantes peruanos, probablemente la mayoría, se unieron bolivianos, ecuatorianos y otros. Tanta fue su influencia, que un grupo promovió la celebración del «día indoamericano». La fecha elegida fue el 1 de agosto, cercana a las fiestas patrias de varios países del continente, entre ellos Colombia, Perú y Bolivia²⁸. Asimismo, el debate ideológico

²⁶ «Sección ajedrez». *Universitarios del Sur* 8, p. 49. Junio de 1937.

²⁷ «Crónica Universitaria». *Universitarios del Sur* 1, pp. 21-24. 26 de abril de 1935. Cfr. «Sobresalientes relieves alcanzó ayer el acto académico en la Escuela de Ciencia Jurídicas y Sociales». *El Sur*, 2 de abril de 1935, p. 6.

²⁸ «El día indoamericano». *Universitarios del Sur* 6. Agosto de 1936.

puso en el centro de la discusión los postulados apristas y el antiimperialismo, debate que también fue iluminado por la contribución intelectual de Luis Alberto Sánchez.

Pero el evento más importante que nos permite ver tanto la propagación del indoamericanismo como la fuerza que logró el aprismo en el movimiento estudiantil chileno, fue el Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Santiago, celebrado entre fines de setiembre y principios de octubre de 1937 (Moraga Valle, 2012). Convocado «no solo con el objeto de estrechar vínculos de toda índole, sino también para definir la posición del estudiantado ante los actuales problemas sociales, políticos y económicos que vive Indoamérica». Asistieron delegaciones de Argentina, Bolivia, Perú, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Ecuador, Puerto Rico y Venezuela. Paralelamente, entre las juventudes políticas chilenas fue el momento de fuertes tensiones entre las juventudes del Frente Popular, FJS y FJC.

Era, pese a lo anterior, un ambiente propicio para el ideario indoamericano: en la inauguración un mensaje de Haya de la Torre fue ovacionado por los asistentes. La misiva aconsejaba a los jóvenes persistir en la lucha antiimperialista y en sus reivindicaciones gremiales. El líder peruano, el aprista costarricense Joaquín García Monje, el comunista brasileño Luis Carlos Prestes y el puertorriqueño Pedro Albizú Campos fueron propuestos para la presidencia de honor del evento. Luis Alberto Sánchez intervino con estas palabras: «...que de este primer Congreso Latinoamericano habrá de salir el verdadero postulado que servirá de cartabón a los estudiantes indoamericanos para lograr junto con el pueblo el afianzamiento de las libertades democráticas y la cultura». El joven Walter Blanco, presidente de la delegación chilena y jefe de la Brigada Socialista Universitaria, manifestó:

Nuestra América, foco interminable de tiranías, de dictadores que son simples marionetas de los imperialismos y fascismos, se debate también en un caos de reacción y barbarie. El destino histórico del continente está decidiéndose. Esta decisión necesita nuestra acción y es por esto que yo, en este instante solemne, determinante en el futuro de Indoamérica, invoco a ustedes hermanos de pueblo, la sinceridad, la esperanza, la fe en el mañana. Nosotros tenemos, en fin, la responsabilidad histórica de nuestro continente... Solo las juventudes populares unificadas en un enorme frente americano podrán detener la guerra fratricida (Blanco, 1937).

Como ningún otro, el evento estudiantil de Santiago fue la máxima expresión de la unidad continental entre el movimiento estudiantil. También fue el de máximo acercamiento entre los jóvenes exiliados peruanos y chilenos y, por extensión, entre las sociedades de ambos países.

8. CONCLUSIONES Y UN COLOFÓN

La etapa que hemos analizado probablemente sea única en la historia de ambos países en cuanto a cercanía no de sus gobiernos, sino de sectores de la sociedad que, contra el clima que había imperado producto de la guerra y los conflictos limítrofes, buscaron estrechar lazos de amistad y colaboración política y cultural. En nuestro análisis privilegiamos las acciones que emprendieron políticos e intelectuales de ambos países, mayoritariamente de izquierda, que desarrollaron una fuerte lucha para sacar a la oligarquía del poder y democratizar sus respectivas sociedades.

Pese al carácter introductorio de este estudio, a través de estas líneas pudimos ver que, contra lo que se podría pensar, las relaciones entre ambos países fueron mucho más fluidas y estrechas de lo que sospecha. Muchas veces el contacto, las comunicaciones y la colaboración entre personajes o entre organizaciones políticas e intelectuales de ambas sociedades, logró imponerse a las dictaduras de la época, pasar controles policiales y saltar prejuicios políticos e históricos para tejer confraternidades, camaraderías y complicidades que forjaron profundas amistades que se impusieron, incluso, a los giros políticos de los personajes que estudiamos. ¿Cómo inició todo este proceso?

Una conversación entre la poetisa Gabriela Mistral y el joven Haya de la Torre en 1922, durante la visita de éste a Chile —oportunidad en la que labraron una amistad de muchos años—, fue reproducida por Luis Alberto Sánchez con estas palabras:

...a pesar de la demagogia antiperuana. La mocedad prorrumpió, un día, en el grito de «¡Viva el Perú!» Gabriela Mistral, emocionada por todo aquello, comentó con Víctor Raúl:

Temo mucho que usted, como otros peruanos, no conserve ni refleje el recuerdo fiel de su permanencia en Chile...

Haya se quedó pensativo y luego respondió:

Comprendo su duda, Gabriela, pero es que «los otros», a quienes usted se refiere, no conocieron, sin duda, al Chile nuevo, ni los sacrificios cruentos de su estudiantado, ni los holocaustos de su obrerismo, ni a los hombres que como Santiago Labarca, Vicuña Fuentes, Paulino Alfonso, Carlos Lagarrigue, José Novoa Orellana y usted, Gabriela, trabajan por renovar el pesado ambiente de rencores y odios suicidas (Sánchez, 1979, p. 78).

BIBLIOGRAFÍA

- Beigel, Fernanda (2003). *El itinerario y la brújula*. Buenos Aires: Biblos.
- Beigel, Fernanda (2006). *La epopeya de una generación y una revista: las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- Blanco, Walter (1937). Las tareas de la juventud revolucionaria. *Barricada*, primera quincena de octubre, 2.
- Chamudes, Marcos (1965). *Chile. Una advertencia americana*. Santiago: PEC.
- Charlín, Carlos (1972). *Del avión rojo a la república socialista*. Santiago: Quimantú.
- Déllano, Luis Enrique (1944). *Latarria*. México, DF: Secretaría de Educación Pública.
- Eyzaguirre, Jaime (1965). *O'Higgins*. Santiago: Zig-Zag.
- Flores Galindo, Alberto (1980). *La agonía de Mariátegui: la polémica con la Komintern*. Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.
- Lemur López, Encarnación (2007). El exilio republicano español en Chile. En Dolores Pla Brugat (ed.), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*. México: INM.
- Liendo, Humberto (1936). Más allá de la reforma universitaria. *Universitarios del Sur*, 7.
- Mar, Serafín del (1930). Cuento de niños pobres. *Letras*, 18.
- Mariátegui, José Carlos (1928). Joaquín Eduards Bello. *Amauta*, 19.
- Mazo, Gabriel del (1968). *La reforma universitaria*. Lima: UNMSM.
- Moraga Valle, Fabio (2007). «Muchachos casi silvestres». *La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Santiago: Universidad de Chile.
- Moraga Valle, Fabio (2009). ¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933). *Histórica XXXIII*(2), 109-156.
- Moraga Valle, Fabio (2012). El Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Santiago. Anti-imperialismo e indomericanismo en el movimiento estudiantil chileno, 1935-1940. *Historia Crítica*, 46, 187-213.
- Moraga Valle, Fabio (2013). *Simultáneo y unimúltiple. Una biografía intelectual de José Domingo Gómez Rojas*. Santiago: Ariadna.
- Ravines, Eudocio (1981). *La gran estafa. La penetración del Kremlin en Iberoamérica*. México: Diana.
- Rebeco, Juan M. (2006). Influencia del APRA en el Partido Socialista de Chile. En *Vida y obra. Víctor Raúl Haya de la Torre. II Concurso Latinoamericano de Ensayo* (pp. 62-65). Lima: Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.

- Rojas Giménez, Alberto (1930). Nombre de una escritora. *Letras*, 18.
- Sánchez, Luis Alberto (1925). Vicuña Mackenna juzgado en el Perú. *Atenea*, 9, 56-58.
- Sánchez, Luis Alberto (1975). *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena, 1930-1970*. Lima: Editoriales Unidas.
- Sánchez, Luis Alberto (1979). *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*. Lima: Enrique Delgado Valenzuela.
- Sobrevilla, David (comp.) (2004). *Escritos peruanos por Francisco Bilbao*. Lima: Universitaria.
- Tarcus, Horacio (2001). *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires: El Cielo Por Asalto.
- Varas, José Miguel (1991). *Chacón*. Santiago: LOM.
- Vicuña Fuentes, Carlos (1921). *La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica*. Santiago: Selecta.
- Villanueva, Armando & Guillermo Thorndike (2004). *La gran persecución, 1932-1956*. Lima: Epena.
- Waiss Band, Óscar (1986). *Chile vivo. Memorias de un socialista, 1928-1970*. Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende.